

«Iguales eran ambos Capitanes (dice el autor) en el valor y pericia militar; pero desiguales en fuerzas. Metelo tenia mejor gente, pero el sitio le era poco favorable. Al contrario, Jugurta llevaba ventaja en todo, sino en la calidad de su tropa.»

Aunque la explicacion del terreno y de la maniobra de los romanos es algo confusa, por los detalles que luego añade, han comprendido los que estudiaron bien el texto que, al bajar Metelo de las alturas, quedaba el enemigo sobre la derecha; por lo que, recogiendo sus tropas las formó en órden de batalla en tres líneas, dando frente á aquel costado, y que una vez en esa disposicion, observando que los númidas no se movían, continuó en marcha de flanco sin más que girar á la izquierda los soldados, y quedando de consiguiente por vanguardia lo que era ala izquierda.

La lámina que representa esta batalla en la edicion de lujo del Salustio por el Infante D. Gabriel, no puede dar idea de ella: tampoco son aceptables los que acompañan la *Biblioteca militar de Liskenne et Sawan* (tomo 2.^o) y el atlas de batallas por Perez de Castro; siendo á mi juicio preferible el que puso el Presidente *De Broses* en su notable *Histoire de la République Romaine dans le cours du VII^e siècle*, que segun expresa fué dibujado por el Teniente Coronel de Dragones Mr. Cartois de Charnaille, que era muy versado en la Historia militar de los romanos.

En cuanto al lugar en que se verificó hay todavía grandes dudas, pues no está bien identificado el rio *Mutul*: el citado Presidente De Broses dice que estaba entre el monte *Andus* y el *Thambe*, y entre los rios *Bagrada* y *Ampsaga*. Dureau de la Malle opina que debe corresponder al *Mafrag*, y otros suponen sea el *Hamis*, que corre cerca de la frontera actual entre Tunez y la Argelia.

Cuatro dias permaneció despues Metelo en el campamento de Rutilio, que dedicó á curar los heridos, premiar

á los que más se distinguieron, dar descanso á la tropa, exhortarla para lo que restaba que hacer y mandar exploradores que le informasen del paradero de Yugurta y de sus intenciones. El caudillo nómada se retiró á lugares frágiles para juntar otro ejército, mayor en número, pero casi todo de gente bozal y sin ninguna instrucción, porque entre ellos nadie seguía al rey en las derrotas, á excepción de los ginetes de su guardia; los «demás vándose cada uno á donde quiere, sin que esto se tenga por delito militar.»

Lo que hicieron él y el general romano en aquellas circunstancias, explícalo bien y brevemente el historiador. «Viendo pues Metelo que ni aun entonces habia el rey perdido el ánimo, y que se iba á emprender de nuevo una guerra que era preciso hacerla donde y como Jugurta quisiese, que era muy desigual su partido y el de sus enemigos, *porque aun siendo éstos vencidos perdían ménos que los vencedores*, determinó proseguir la guerra, no con batallas ni peleas, como hasta entonces, sino por un rumbo diferente. Váse pues á las ciudades más ricas de Numidia; tala sus campos; toma y abrasa muchas villas y castillos poco fortificados, ó que estaban sin guarnición: manda pasar á cuchillo á cuantos puedan tomar las armas, y todo lo demás lo dá al saco á los soldados. Con este miedo se entregaron muchos por rehenes á los romanos, se aprestó trigo y lo demás de servicio en abundancia, y se puso guarnición donde creyó conveniente; cuyas calamidades hacían más impresión en el ánimo del rey que la pasada derrota. Porque teniendo puesta toda su esperanza *en evitar los encuentros con Metelo*, se veía precisado á seguirle; y no pudiendo aun defenderse en los lugares ventajosos, tenía que hacer la guerra en los que le eran poco favorables. Resuelve, no obstante esto, lo que en aquel apuro le pareció mejor, es á saber, que el grueso del ejército le aguardase en los sitios donde solía estar: él

con la caballería escogida sigue á Metelo, y caminando de noche por veredas desusadas, sin que nadie le observase, acomete improvisadamente á los romanos que andaban derramados: mata á los más de ellos que halló sin las armas: cautiva á muchos: ni uno siquiera se escapó sin heridas; y *antes que de los reales puedan socorrerles, se retiran los nómadas, segun el órden que tenían, á los montes inmediatos.* »

Las noticias de las primeras ventajas de Metelo, y sobre todo de la victoria de Mutul, se recibieron en Roma con alegría; se dieron solemnes gracias á los Dioses y se ensalzó el nombre del cónsul como merecía; mas éste, perseverando en su prudente conducta, aumentaba las disposiciones para conseguir el fin de su cometido sin arriesgarse á ningun descalabro, teniendo presente *«que á la gloria sigue comunmente la envidia.»* Por esto mandó despues de la última sorpresa que jamás se dispersara la tropa para el merodeo, y que cuando hubiese que forragear, se cubriera bien á los forrageadores con los auxiliares y la caballería: dividió el ejército en dos cuerpos, el uno con él y el otro con Mário, que camparían siempre cercanos para reunirse cuando la necesidad lo exigiera, ú operar separadamente con objeto de alcanzar mayor efecto en el incendio y la desolacion del país enemigo. «Entretanto Jugurta seguía sus pasos por los montes, buscando lugar y ocasion de sorprenderlos : destruía los pastos y las pocas fuentes que habia por la parte que entendia que habian de pasar: presentábase unas veces á Metelo, otras á Mário, picando la retaguardia y retirándose inmediatamente á los montes: ahora amagaba unos, luego otros, sin hacernos guerra ni dejándonos quietos, con solo el fin de entretener y apartar de su intento al General.»

Viendo este que su contrario huía de presentar batalla y que lo molestaba con falsas alarmas, determinó atacar la ciudad de *Zama*, juzgando iria Yugurta á socorrerla,

por su conocida importancia, y que de este modo se vería obligado á lidiar. Súpolo él por los desertores, «y anticipándose á fuerza de marchas á Metelo, exhorta á los ciudadanos de Zama á la defensa y refuerza la guarnicion con los desertores mismos, gente para el caso la más segura de todas sus tropas, porque no podía engañar sino á gran riesgo. Ofréceles sobre esto, que él irá en persona y con ejército á socorrerlos cuando sea tiempo.»

Tomadas esas disposiciones se retiró por el momento fuera de la comunicacion, é informado de que Mário se dirigia con alguna fuerza á *Sicca* (poblacion que tambien se llamó *Veneria*, y corresponde hoy á *Kef*) en busca de trigo, marchó á ella de noche con su caballería escogida y trabó una pelea en las mismas puertas de la ciudad en que tal vez le habria derrotado si Mário no hubiese salido al instante á repelerlo, pues los habitantes permanecieron quietos: entonces Yugurta, malograda su idea, se retiró huyendo, aunque con escasa pérdida.

Llegados á Zama los romanos y adoptadas las medidas oportunas viendo que era plaza amurallada, bien armada y guarnecida, ordenó Metelo intentar un asalto; pero cuando más empeñado estaba el combate por la tenáz resistencia de los defensores, preséntase Yugurta con gran número de gente, acomete de improviso el campo, penetra en él y difunde el terror y la muerte. Solo cuarenta soldados, de toda aquella muchedumbre fugitiva, le hacen frente apiñándose en un punto elevado y rechazan varios ataques; hasta que, enterado Metelo de lo que sucedia, manda á Mário acudir con toda la caballería y los auxiliares para salvar el honor de la República. Ejecútolo así, y retirándose Yugurta despues de experimentar sensible pérdida, regresó el Cónsul al campamento al acercarse la noche, sin haber logrado lo que se propuso de apoderarse de la ciudad.

Al dia siguiente se repitió el intentado asalto, y tam-

bien la acometida de Yugurta al campo; pero como en prevision de esto se habia situado fuera la caballería, no pudo penetrar en él; así como tampoco vieron los romanos coronados sus esfuerzos respecto á la plaza, que los rechazó cuantas veces arremetían á las murallas.

Frustradas las esperanzas de tomar pronto á Zama, visto que Yugurta solo queria pelear en sorpresas ó en lugares ventajosos por él elegidos, y siendo ya pasado el estío, levantó el sitio Metelo, dejó guarniciones en algunas ciudades que se le entregaron y se fué á acantonar el ejército en cuarteles de invierno hácia la parte de la provincia romana más cercana de la Numidia. Una vez allí, redobló sus diligencias reservadas para seducir á Bomilcar á fin de que le entregase al rey vivo ó muerto; logrando despues de una entrevista y á fuerza de ofértas, que le prometiese trabajar en ese sentido. Y en su consecuencia tomó con empeño el persuadir á Yugurta de la necesidad de hacer la paz, y le indujo á enviar mensageros á Metelo con la declaracion de que haria cuanto le mandase, *poniéndose desde luego él y su reino en sus manos á discrecion y sin pacto alguno.*

Reunido entonces por el Cónsul el consejo mandó inmediatamente á Yugurta que aprontase doscientas mil libras de plata, todos los elefantes y número de caballos y de armas; lo que sin tardanza entregado, le exigieron enviase tambien los desertores: mas al deber presentarse él mismo en *Tisidio* (*Tisidium* estaba cerca y al O. de *Matter*, ó sea *Oppidum Matterense*) empezó á vacilar de nuevo, le asaltaron dudas y le mortificó la idea de pasar de soberano á siervo; con lo que se detuvo, trascurrieron muchos dias y optó por fin por continuar la guerra, cuando se habia desprendido de lo mejor de sus tropas y de grandes recursos.

Mientras esto ocurría con el enemigo, otro incidente desagradable tuvo lugar en el campo romano: dominado

Máριο, á quien hemos visto distinguirse como teniente de Metelo, por espíritu de ambicion, engreido de su valor y talento, quiso aspirar al consulado á pesar de que no pertenecía á la nobleza, y pidió licencia á su jefe con objeto de ir á Roma á presentarse y trabajar para lograrlo; y como se la negara haciéndole entender lo irregular de la pretension, quedó lastimado su orgullo y se puso al momento en Útica, donde se hallaba, á intrigar abiertamente para hacerse un partido desacreditando á Metelo. Aprovechóse para ello del descontento de Gauda, príncipe númida, nieto tambien de Masinisa, que estaba en el ejército, al que habia negado el cónsul la escolta y consideracion Real que pretendió; y unidos ambos, difundieron la especie de que si no se concluía la guerra, era porque Metelo, que habia sido prorogado en el consulado, tenia interés en dilatarla indefinidamente; al paso que si Máριο estuviera á la cabeza del ejército, la terminaria con gran rapidéz. Al propio tiempo dejó más libertad al soldado, estimuló las murmuraciones é indisciplina é hizo escribir á Roma para que en él recayera el nombramiento de general.

Pasaje es este del libro de Salustio, en que se demuestran los perniciosos efectos de la inquieta ambicion en el inmediato del jefe de un ejército, de que en ocasiones posteriores se vieron ejemplos: y nunca podrán disculparse semejantes aspiraciones de mando por tales medios solicitado, aunque sea reconocido el mérito y la pericia del agitador, ni la historia deberá justificarlos por los sucesos prósperos que despues obtengan: la relajacion moral, la ofensa al sagrado principio de honor, el quebrantamiento de la disciplina y el funesto ejemplo y las discordias que se originarán por esa vía, serán siempre los mayores males que pueden afligir á los ejércitos.

Desde que Yugurta desistió de someterse, activó como acostumbraba lo necesario para proseguir la guerra, así restableciendo sus fuerzas como valiéndose del oro para

la seducción, que tan felices resultados le habían otras veces producido. Y sin duda fué efecto de esos manejos una conjuración que estalló en la ciudad de Vacca, que ya se dijo que Metelo había dejado con guarnición y que toda ella pasaron á cuchillo, excepto el gobernador Turpilio Silano, sobre lo cual dice el autor: «Si fué esto compasión que de él tuvo el que le hospedó en su casa, ó bien concierto ó casualidad, no he podido averiguarlo; solo sí me parece que *quien en una adversidad tan grande estimó más vivir afrentado que morir con reputación, debe tenerse por hombre infame y detestable.*»

A los dos días de la catástrofe se presentó Metelo con una legión y el número de caballos númeradas auxiliares que hubo á mano; y entrando en la ciudad la entregó al saqueo y muerte de los habitantes, incluso el que había sido su gobernador, Turpilio; á quien, no obstante, consideró Plutarco inocente, atribuyendo su sentencia á la enemistad é intrigas de Mário.

Bomilcar, que según consta se había comprometido desde el fin de la anterior campaña á buscar el modo de reducir á Yugurta á la paz ó de proporcionar que acabase la guerra, ideó un plan para entregarlo á Metelo, de concierto con Nabdalsa, que era otro jefe superior númerada de la particular confianza del rey, que á la sazón mandaba un cuerpo separado: mas descubierta por casualidad la urdida trama, hizo dar muerte inmediatamente á Bomilcar y disimuló por el momento las sospechas contra Nabdalsa, por necesitar de él y por temores de que se sublevara su gente.

Al saber Metelo el fracaso de aquel concierto se dedicó á acelerar los preparativos de nueva campaña con el mismo cuidadoso esmero que si el enemigo tuviera las fuerzas y recursos que antes; y cansado de las repetidas instancias de Mário, así como persuadido de lo poco que debía esperar de su cooperación, le autorizó para ir á Roma.

Perdidos por Yugurta muchos de sus mejores oficiales por haberles dado muerte ó porque se pasaron unos á los romanos y otros á Boco, Rey de la Mauritania, «andaba dudoso y fluctuando, sin hallar cosa ni resolucion, ni persona alguna que le satisfaciese: tomaba cada dia rumbos distintos: mudaba gobernadores: volvía unas veces el rostro al enemigo, otras se encaminaba á las soledades: su esperanza la ponía de ordinario en huir los encuentros, pero poco despues en las armas, sin saber si fiaría ménos del valor ó de la fidelidad de sus vasallos. De esta suerte á cualquiera parte que se volvía, todo le era contrario. Entre estas diligencias sobreviene de repente Metelo con su ejército. Jugurta dispone y escuadrona á los nómidas, segun lo permitía el tiempo, y comienza luego la batalla. Donde asistía el Rey hubo alguna resistencia: los demás al primer encuentro fueron rotos y ahuyentados, quedando los romanos dueños de las banderas, de las armas y de un pequeño número de enemigos; porque á éstos, casi en todas las batallas, salvaba más su ligereza que las manos.»

Así derrotado, se internó Yugurta hácia el desierto para sustraerse de la persecucion, con los tráfugas y una parte de la caballería, y fué á establecerse en la ciudad de *Thala* (que se encuentra en la actual Regencia de Tunez y conserva casi el mismo nombre), por tener en ella su familia y tesoros; pero hasta allí quiso Metelo buscarlo, á pesar de la distancia y de la situacion en un país árido donde en el rádio de 50 millas, á que estaba el rio más cercano, no se encontraba agua: todos los obstáculos se propuso vencer, deseoso de conseguir un resultado definitivo.

«Dispone, pues, que se descargue todo el bagaje, á excepcion del trigo necesario para diez dias, y que se traigan odres y otros vasos á propósito para conducir agua. Busca además de esto en aquellos campos el mayor número que puede de bestias de carga, y acomoda en ellas va-

sijas de todos géneros, las más de madera, recogidas en las chozas de los números. Manda asimismo á los pueblos comarcanos, que despues de la derrota de Jugurta se le habian entregado, acarrear cada uno la mayor porcion de agua que pudiese, señalándoles dia y lugar donde debian tenerla á punto, y él carga tambien su bagaje del agua de aquel rio (que se cree corresponda ahora al *Ves-Dzahab*), que como digimos era la más cercana á la ciudad. Con esta prevencion se encamina á *Tala*, y habiendo llegado al sitio donde habia mandado que le esperasen los números, y puesto fortificado en él su campo, dícese que llovió repentinamente tanto, que solo aquel agua hubiera sido bastante y aun sobrada para el ejército.»

Al dia siguiente se presenta en *Thala*, y á pesar del espanto del vecindario y soldados que la guarnecian, viendo aparecer allí á los romanos, se aprestaron á una obstinada defensa; pero no así *Yugurta*, quien se salió de noche con sus hijos y algun tesoro, temeroso de los enemigos tanto como de traicion en los suyos. Metelo estableció el sitio formal, y al cabo de cuarenta dias se apoderó de la plaza, siendo corta la presa porque los desertores que contenía, lo habian destruido todo á última hora, hacinando el oro, plata y preciosidades, y embriagados despues dieron á las llamas el edificio y perecieron para evitar caer en manos de los romanos.

Yugurta, una vez perdida *Thala*, se alejó con pocos, y atravesando la gran distancia que le separaba, llegó al país de los *Getulos* (que corresponde á la parte meridional de Marruecos), «gente fiera y sin cultura alguna, que ni tenía entonces noticia del nombre romano: junta gran número de ellos, y válos poco á poco acostumbrando á escuadronarse, á seguir las banderas, observar disciplina y hacer otros ejercicios militares.» A más de esto, entabladas negociaciones con el rey de la Mauritania, *Boco*, con quien habia emparentado casándose con una hija suya,

logró se le aliase y concurriera con fuerzas para hacer guerra á los romanos.

Juntados sus ejércitos por ese pacto deciden ir sobre Cirta, donde Metelo había depositado el despojo, los prisioneros y bagaje, calculando les sería de gran interés recuperar aquella ciudad y que si el cónsul acudía á socorrerla trabarían la batalla, «porque como tan astuto (Yugurta) ponía toda su mira en que Boco rompiese presto con los romanos, no fuese que si lo difería abrazase otro partido.» Y el general romano que supo la reunion y el proyecto de los dos reyes africanos, no juzgando prudente aventurarse contra las grandes fuerzas de ambos como contra Yugurta solo, se atrincheró en una posicion conveniente no lejos de Cirta, para aguardar allí á conocer bien los nuevos enemigos, ver sus movimientos y preparar el modo de vencerlos. Pero en esta situacion le llegó noticia del nombramiento de Cayo Mário para relevarle en el mando, pues agitado el partido popular en su favor desde que se presentó en Roma, alcanzó salir elegido cónsul y que se anulara la prorogacion acordada antes á Metelo.

Apesadumbróse éste más de lo que correspondía á un grande hombre, no tan solo porque le arrebatában la gloria de concluir la guerra, sino por el amor propio ofendido de la preferencia dada á Mário, que pagaba con ingratitud sus distinciones. En semejante trance consideró «necedad cuidar con riesgo propio de la hacienda agena,» y resolvió no comprometer nada, entreteniéndolo en una negociacion que entabló con Boco por medio de mensajeros que le envió para desviarle de su alianza con Yugurta y que pactase paz con la República, pues desde luego dió por terminada la mision que tan hábilmente venia desempeñando y de que tan sin razon era separado; y dejando encargado del mando á Rutilio para eludir el disgusto de transmitirlo á su antiguo teniente, se embarcó para Roma.

Al llegar á la capital todo el mundo le hizo justicia y concediéronle los honores de entrada triunfal y que se apellidara *Numídico*. Su esclarecido mérito militar y las altas dotes patrióticas que reunía, le hicieron muy digno de figurar entre los hombres más notables de la época. A pesar de que, segun se ha dicho, correspondió Mário con ingratitud á los beneficios y preferencias que desde joven le debía, y de que aun más adelante lo desterró de Roma, cuando años despues se trató de reelegirle cónsul, fué el mismo Metelo de los que opinaron que se le concediera.

CUARTO PERÍODO. MÁRIO.

Tan pronto como obtuvo Mário el consulado que ambicionaba, se dedicó activamente á reunir dinero, armas, víveres y demás recursos que consideró convenían para emprender una vigorosa campaña; reclutó gran número de soldados entre la gente proletaria, contra lo que hasta entonces se habia hecho, y llevando por su segundo á Aulo Manlio se embarcó para Africa, y llegó á Útica, donde Publio Rutilio le entregó el mando.

Recibidas sus primeras lecciones militares bajo Escipion Emiliano en el sitio de Numancia, donde debió conocer á Yugurta, y despues á las órdenes de Metelo en puesto muy importante, como queda consignado, le era ya familiar aquella guerra, tenía práctica del país y había revelado las dotes de entendido, activo y valeroso; todo lo cual fundaba en la generalidad esperanzas legítimas de que sabría conducir la guerra con buen éxito.

Al saber los dos reyes africanos el relevo ocurrido, se retiraron con sus fuerzas á lugares fragosos y difíciles por consejo de Yugurta, que se lisonjeaba de que el nuevo general dispersaría sus tropas en confianza, proporcionán-

doles así ocasion de caer sobre ellas aisladamente para destruirlas en detalle. Mas el cónsul no era hombre de incurrir en semejante falta ó descuido, y lejos de eso, completadas las legiones y reorganizados los cuerpos auxiliares, condujo el ejército hácia una comarca rica y fértil para arrasarla, proporcionando botin al soldado y trabar ligeras refriegas ó sitios, á fin de que los reclutas se fueran acostumbrando á la fatiga y aprendiesen «que los que huían eran regularmente presos ó muertos, y al contrario los mas esforzados los que mejor libraban; en suma, que con las armas se aseguraba la libertad, la pátria, las familias y cuanto habia, y que por su medio se adquiría gloria y riquezas.»

En breve tiempo consiguió así aguerrir los nuevos soldados, fundiéndolos con los veteranos, sin desviar la atencion del enemigo, observando sus marchas, previniendo sus ardidés y manteniendo las tropas en actividad; con lo que fomentaba en ellas el espíritu, difundía la alarma en las contrarias y alcanzó varias veces y batió á númidas y getulos cuando regresaban de incursiones de saqueo en alguna campiña de los aliados de Roma, viéndose el mismo Yugurta en una de esas ocasiones á punto de caer prisionero. Pero como por los medios de esta pequeña guerra no se obtenía nada decisivo ni bastante importante, resolvió ir atacando sucesivamente las plazas principales de los enemigos para privarles de recursos ú obligarlos á presentar batalla, sin omitir entretanto continuar las negociaciones con Boco, iniciadas por Metelo, por las seguridades que ofrecia de amistad á Roma, fuese de buena voluntad ó artificiosamente, porque su carácter movable le inclinaba tan pronto á la guerra como á la paz.

Tomó Mário varias plazas, segun se propuso, sin que Yugurta alterase su cautela de eludir toda gran batalla; y buscando la manera de comprometerlo y de sobrepujar á Metelo en la fama que adquirió por la expedicion á Thala,

concibió el proyecto de dirigirse á ganar la ciudad de *Capsa* (Gafsa ó Capsa, en el Sahara de Tunez) alejada en medio de soledades, muy fortalecida y de habitantes afectos al Rey númida. Proveyó en consecuencia al ejército de trigo suficiente, porque siendo el fin del verano estaban los campos secos y recogida toda la cosecha; encargó á la caballería auxiliar la conduccion del ganado adquirido en dias anteriores; envió á su teniente Manlio con infantería ligera hácia *Laris* (hoy El-Orbos, al S. E. de Kef), donde tenía fondos y repuestos, previniéndole iría á reunírsele á los pocos dias; y adoptadas otras disposiciones, así como ocultando su verdadero designio, emprendió la marcha con direccion al rio *Tana* (Ved-el-Thina segun el mapa del Depósito de la Guerra de París, ó Ved-el-Katub segun Dureau de la Malle).

A la distancia que le separaba de Capsa y á la dificultad de llevar el ejército á través de un país enteramente despoblado y sin agua, habia que tener en cuenta que al arribar bajo los muros de la ciudad tampoco se tendria otra agua que la llovediza ó la de una fuente que encerraba la poblacion, por lo cual tuvo que combinar el Cónsul sus precauciones con mayor prevision y disimulo que las empleadas por el antecesor para la empresa de Thala. Hé aquí los sucintos detalles que dá Salustio respecto al modo como emprendió y terminó Mário esta de Capsa.

«En su marcha iba todos los dias repartiendo entre el ejército el ganado por compañías y escuadrones igualmente, y encargaba que de los cueros se hiciesen odres: con lo que á un tiempo se suplía la falta de trigo, y sin que nadie lo entendiese iba previniendo lo que despues le habia de servir: de suerte que cuando llegó al rio, despues de seis dias de camino, se habia juntado una copia inmensa de odres. Sentados allí y fortificados ligeramente los reales, manda que los soldados coman y estén prevenidos para marchar al ponerse el sol, y que descargando todo el ba-

gaje, lo carguen solamente de agua, y ellos lleven tambien la que pudieren. Despues, cuando le pareció que era ya tiempo, sale de sus reales : y habiendo caminado la noche entera, descansó por el dia. Lo mismo ejecutó la siguiente noche; pero en la tercera, mucho antes que amaneciese, llegó á un terreno desigual y caprichoso, que no distaba de Capsa sino dos millas, donde hizo alto con todo el ejército, procurando ocultarse lo más que pudo. Ya que hubo amanecido, y que los númidas, sin el menor recelo del enemigo, salieron en gran copia de la ciudad, manda de repente que la caballería toda y los de á pié más espeditos, vayan á la carrera tendida á Capsa y cojan las avenidas de las puertas. Síguelos luego él mismo á gran prisa, sin permitir que los soldados se detengan en el despojo. Visto esto por los ciudadanos, la turbacion, el miedo, la desgracia imprevista, y el ver ya parte de los suyos fuera de las murallas y en poder del enemigo, les obligaron á rendirse. Sin embargo, la ciudad fué abrasada, los númidas de catorce años arriba muertos, el resto vendidos, y la presa repartida entre los soldados. Este rigor contra el derecho de la guerra no se ejecutó por avaricia, ni otra culpa del Cónsul, sino por ser el lugar á propósito para Jugurta, para nosotros de difícil acceso, y la gente de suyo infiel y voluble, á la que hasta entonces ni los beneficios ni el miedo habian contenido en su deber.»

Terminada tan rápida como feliz y cruelmente la empresa, se elevó la celebridad de Mário y ganó inmensa popularidad con los soldados, que se iban enriqueciendo con los despojos que recogian. Apoderóse seguidamente de otros lugares que tambien entregó al saqueo y al fuego, continuando el plan de desolacion que se propuso; y cuando ya por aquella parte no se le ofrecia gran cosa en que emplear las fuerzas, determinó dirigir sus operaciones hácia Occidente, donde cerca del rio *Muluca* (despues se nombró *Mulucha* y *Malva*, siendo conocido hoy por

Moulonia ó *Muluya*), que servia de frontera entre los estados de Yugurta y los de Boco, encerraba el primero sus tesoros en una fortaleza situada sobre ásperos riscos, casi inaccesible, y muy aprovisionada y defendida. Rayaba en temeridad el intento por la prolongada marcha que tenia que emprender y por las dificultades del sitio; pero sin duda confiado en su prestigio y fortuna, pues que «aun las cosas resueltas con poco acuerdo, como salian bien, se atribuían á su valor,» no vaciló en ponerlo por obra, obteniendo al fin un éxito completo que «se debió más á una casualidad que á su prudencia.»

Llegado en efecto al pié de los riscos donde asentaba la fortaleza, comenzó inútilmente los trabajos de asedio, y todos los medios que discurría eran ineficaces para asaltarla, pasando dias y dias, cuando se le facilitó del modo más inesperado. Un soldado liguro que servia entre los auxiliares, descubrió por azar ciertos pasos entre las peñas, por donde encaramándose trabajosamente llegó hasta la cumbre; y advirtiéndole á Mário que por allí se comprometía á penetrar en la plaza, le dió algunos hombres decididos y combinó, mientras ellos escalaban las rocas, dar un ataque por el lado opuesto. El resultado coronó la arriesgada acometida, pues con asombro de los defensores y de los mismos asaltantes se hizo dueño del inespugnable castillo, que algunos identifican con *Kalatel-Oned* (castillo del rio), pero que en opinion de Mr. MacCarthy, que tiene hecho detenido estudio de aquel territorio, debe corresponder perfectamente á *Cheraá*, sobre la márgen derecha del *Oned* ó *Ved-Muluya*, antiguo *Muluca* y *Flumen Malva*.

Aunque el suceso, así ligeramente referido por el autor, parezca extraordinario, la historia militar ofrece otros bastantes semejantes; pudiendo desde luego recordarse por lo reciente y por ser de casa, el de la sorpresa y toma del castillo de Morella por los carlistas en la primera

guerra civil de los siete años; que se verificó trepando por las rocas un artillero desertor, seguido de corto número de voluntarios.

Habiase incorporado poco antes al ejército romano el questor Lucio Sila con un refuerzo de caballería, llamado á adquirir grande celebridad y á ser el mortal enemigo de Mário: novel entonces en la milicia, su talento, espíritu y valor le hicieron muy pronto sobresalir; y con su excelente trato y arreglada conducta se captó generales simpatías, ofreciéndose como buen ejemplo, pues «asistia con frecuencia á los trabajos, á las filas, á las rondas, sin tomar jamás en boca, como suelen hacer los ambiciosos, al cónsul, ni á sujeto alguno acreditado; ni poner la mira sino en que nadie le aventajase en prudencia ni en valor, y en adelantarse á todos.»

Irritado Yugurta de tantas pérdidas redobló instancias con Boco para hacer juntos otra vez guerra á los romanos, cediéndole la tercera parte de sus Estados despues de la victoria ó de alcanzar una paz honrosa; conviniendo el rey mauritano á tan seductora promesa, se puso en marcha con crecido ejército, se unió á las fuerzas del númida y acometieron de improviso á Mário cuando iba de camino para sus cuarteles de invierno al regreso de la larga expedicion del rio Muluca, faltando poco más de una hora de dia, «por parecerles que la cercana noche les serviria de abrigo en caso de ser vencidos, y si salian con victoria no les sería de estorbo para usar de ella, por ser prácticos del terreno: y que al contrario los romanos en uno y otro caso se habian de hallar muy embarazados con la oscuridad.»

La descripcion del combate ó batalla que se trabó debe ser aquí trasladada íntegra. «Lo mismo fué recibir el Cónsul los avisos de que venia el enemigo, que tenerlo ya sobre sí; y antes de formarse nuestro ejército, y de recogerse el bagaje, en suma, antes que pudiese darse señal,

ni recibirse orden alguna, los caballos moros y getulos arrójanse sobre los nuestros, no escuadronados ni en forma de batalla, sino á pelotones, segun la casualidad los habia juntado; y aunque al principio con la impensada alarma lograron conturbarlos, recobrándose luego, y volviendo á su acostumbrado valor, toman las armas para defenderse á sí, y para dar lugar á que otros las tomasen: parte monta á caballo, y vá á encontrar al enemigo; de suerte que más que batalla parecia la acción sorpresa de ladrones: infantes y caballos sin orden y sin banderas andaban mezclados y revueltos, matando á unos, hiriendo á otros, y cogiendo por las espaldas á muchos que peleaban gallardamente con los enemigos, sin que ni su valor ni sus armas pudiesen defenderlos, por ser estos superiores en número y hallarse por todas partes. Finalmente, nuestros veteranos aguerridos, y á su ejemplo los nuevos, cuando los juntaba el lugar ó la casualidad, *formaban un círculo; y así escuadronados y defendidos por todas partes, sostenían el ímpetu del enemigo.* Ni Mário en un conflicto tan grande se amedrentó, ó mostró ménos valor que por lo pasado; sino antes bien, girando por todas partes con su escuadron, compuesto, no de sus más allegados, sino de los más valerosos, socorria unas veces á los que peligraban, otras rompía por medio de los enemigos donde estaban más apiñados, haciendo con la mano señas á sus soldados para que se animasen, pues en aquella turbacion no podian entender sus órdenes. Habiáse ya acabado el día, y ni entonces aflojaban los bárbaros; antes bien, segun les habian prevenido sus reyes, por creer que la noche les seria favorable, cargaban con mayor furia. Mário en aquel estrecho toma su resolucion lo mejor que puede; y á fin de que los suyos asegurasen la retirada, ocupa dos collados poco distantes entre sí, de los cuales el uno, aunque no era capaz de todo el ejército, tenia una gran fuente; el otro era muy á propósito para acampar, porque

como gran parte de él fuese pendiente y quebrado, necesitaba de poca fortificación. Hace apostar por la noche á Sila junto al agua con la caballería: reúne poco á poco por sí mismo á los soldados desparramados, aprovechándose del no menor desorden de los enemigos, y después se retira á todo andar con los suyos al collado. De esta suerte los dos reyes, no pudiendo seguirle por lo escabroso del sitio, véense obligados á dejar el combate; *pero no permiten que sus gentes se alejen*, antes bien cercando con su muchedumbre ambos collados *se alojan esparcidos á la redonda*; y después encendiendo muchos fuegos, *pasan lo más de la noche en alegrías á su modo con grandes voces y algazara*. Hasta los mismos capitanes estaban muy ufanos; y solo porque no habían desamparado el campo de batalla se tenían por vencedores. Todo esto, que los romanos entre la oscuridad, y desde la altura que ocupaban, veían claramente, les infundía grande aliento. Pero en especial Mário, el cual asegurado de la poca pericia militar de los enemigos, manda observar un silencio profundo, y que ni aun toquen las trompetas, según se acostumbraba al mudar las guardias. Después, cuando ya quería amanecer, é hizo juicio de que los enemigos estarían cansados y vencidos del sueño, manda que las rondas, los trompetas de las cohortes y las legiones, y los cornetas de la caballería toquen al mismo tiempo, y que los soldados con gran grita salgan de los reales. Los moros y getulos, despertando repentinamente con tan extraño y horrible estruendo, no acertaban á huir, ni á tomar las armas, ni obrar podían, ni dar disposición alguna: de tal suerte los traía desacordados el alboroto y clamor, no ménos que la turbación, el terror y espanto, y el ver que de los suyos nadie los socorría y que los nuestros más los estrechaban. Finalmente, todos fueron desordenados y puestos en huida: sus armas y banderas en la mayor parte tomadas, y el número de los muertos fué mayor en sola aquella ba-

talla que en todas las pasadas; porque el sueño y extraño pavor impidieron su fuga.»

Probó Mário en esa jornada grandes cualidades de general por no decaer su ánimo sereno en medio de la repentina sorpresa y confusion del ejército, y por saber aprovecharse resuelto del conocimiento que tenía de los enemigos; así como en éstos fué una dura leccion la que recibieron por confiarse en la primera ventaja obtenida, siendo á su turno sorprendidos y derrotados. El cónsul, no obstante aquella victoria, aprendió que debía marchar con mayores precauciones para evitarse nuevas sorpresas de que no siempre le sería fácil reponerse como en la pasada; y al efecto, al continuar hácia sus cuarteles de invierno, que habia resuelto establecerlos cerca de la costa por la comodidad de proveerse de bastimentos, iba «no de otra suerte que si tuviera á la vista al enemigo; *caminaba formando con su gente un cuadro*, cuya derecha mandaba Sila con la caballería, la siniestra Aulo Manlio con los honderos, los ballesteros y las cohortes de los ligures: en la frente y la espalda habia colocado las compañías ligeras á cargo de los tribunos. Los desertores, gente que no dolia, pero muy práctica del terreno, exploraban el camino de los enemigos. No obstante lo cual, el Cónsul atendia á todo, como si nada hubiera encargado á otros: hallábase en todas partes: alababa ó reprendía á los suyos segun el merecimiento de cada uno: no dejaba las armas, ni se descuidaba un punto, obligando con el ejemplo á que hiciesen lo mismo los soldados; cuidaba no ménos que de la marcha, de fortificar su campo en los descansos, encargando la guardia de las puertas á las cohortes de las legiones, y la campaña á la caballería auxiliar. Ponía demás de esto tropa en los fortines de su atrincheramiento: hacía él mismo las rondas, no por recelo que tuviese de que dejarian de ejecutarse sus órdenes, sino porque viendo los soldados que

el general partía con ellos el trabajo, lo hiciesen de buena gana. Y á la verdad Mário en esta ocasion, y en todo el tiempo de la guerra con Jugurta, contuvo en su deber al ejército, más por el pundonor que por el castigo: lo que unos atribuían á ambicion, otros á que hallaba gusto en la dureza misma á que desde niño se habia acostumbrado, y en lo que el vulgo llama trabajos. Lo cierto es, que la causa pública anduvo por este medio de blandura tan bien y noblemente administrada, como pudiera bajo del gobierno más severo.» Alusion sin duda, esto último, á Metelo, porque se le censuraba de rígido y duro con el soldado. Salustio era gran partidario de Mário, pero bien deja traslucir que en esa blandura, que no le era genial, entraba por mucho el cálculo para asegurarse la popularidad y prosélitos que convenian á sus ulteriores miras.

Pasados cuatro dias, no lejos de la ciudad de Cirta, apercibieron los exploradores al enemigo que rápidamente se acercaba por todas partes, pues Yugurta habia dividido las fuerzas en cuatro cuerpos distintos para acometer á los romanos por diferentes lados. Mário hizo alto, y sin variar la formacion que llevaba, aguardó con tranquilidad que se aproximasen. Burló algo esta ordenada expectativa á Yugurta, que creía cojerlos desprevenidos por la espalda con uno de sus cuerpos, y mucho más cuando vió que el primero que llegó, fué al instante briosamente acometido y arrollado por la caballería de Sila. El rey Boco lanzó entonces contra la retaguardia su infantería, mandada por su hijo Volux que se le habia reunido despues de la última batalla: el choque, aunque empeñado y sangriento, no pudo romper del todo á los romanos, si bien los puso en el mayor peligro: acudió Mário desde la vanguardia á socorrer aquella parte, y revolviendo Sila luego que hubo puesto en fuga á los que tenia al frente, cae sobre el flanco de los mauritanos, los destroza y pone tambien en huida: siguióse á eso la completa dispersion

del enemigo con gran mortandad, sin que los esfuerzos y el valor personal de Yugurta que se prodigó en la pelea, bastaran á contener el desórden ni á restablecer el combate. «Entonces sí que aquellas dilatadas campiñas presentaban un aspecto horrible: seguían unos el alcance, otros huían, todo era matar y hacer prisioneros: caballos y ginetes por el suelo; muchos ni huir podían por sus heridas, ni dejar de intentarlo: hacer por levantarse y volver á caer luego: últimamente, cuanto alcanzaba la vista se hallaba cubierto de dardos, armas y cadáveres, y los claros que había estaban teñidos de sangre.»

Entró Mário en Cirta despues de tan señalada victoria, y allí recibió al quinto dia unos diputados del rey Boco para rogarle enviase sugetos de su confianza para tratar de la paz; á lo que accedió el Cónsul, mandando al efecto á Manlio y Sila. No dió inmediato resultado la negociacion á causa de los manejos de Yugurta y de la volubilidad del Mauritano; pero habiendo hostilizado Mário otra fortaleza Real situada en comarca desierta, de la que, sin embargo, no pudo apoderarse, volvió Boco á insinuar su deseo de proseguir en los tratos y envió cinco embajadores pidiendo al Cónsul una suspension de armas y permiso para ir á Roma á fin de alcanzar la paz á toda costa. Accedió Mário á la solicitud, y regresando dos de los enviados á dar razon á su soberano, continuaron los otros tres para Roma, donde oidos por el Senado obtuvieron la respuesta de que allí se conservaba siempre memoria de los beneficios y de los agravios, que otorgaba perdon á Boco puesto que estaba arrepentido, pero que *«la amistad y alianza se le concederia cuando la mereciese por sus servicios.»*

Sabida por Boco esa contestacion pidió á Mário le enviase á Sila para tratar con él cuanto convenia; y viniendo en ello, le ordenó emprender la marcha acompañado de un reducido cuerpo de tropa ligera de caballería é infantería. A los cinco dias se le unió Volux con mil caba-

llos para escoltarle hasta el paraje indicado por su padre, al que llegaron días despues sin otra novedad que alguna alarma y temor por haberse aproximado á ellos Yugurta en ademan hostíl.

Siempre vacilante el rey Boco se limitó á proponer que no pasaría más el rio Muluca, que era el término de sus Estados, y que tampoco permitiría á Yugurta traspasarlo; pero el hábil questor Sila le hizo comprender que despues de las victorias pasadas y de sus ofertas, el Senado y el pueblo romano esperaban algo más de él; y añadió que, puesto que Yugurta estaba en su poder, sería lo mejor que se lo entregase, con lo cual quedaría todo concluido y obtendría él la parte de Numidia que le habia cedido. Alegó el Rey los lazos de parentesco y alianza que le unían con Yugurta, más al fin prometió hacer cuanto le fuera dable para persuadirle á aceptar la paz, enviándole para ello un hombre de gran confianza para ambos, que debia exhortarle á ir al instante. El sagaz Númida lo hizo volver á los ocho días, diciendo que estaba dispuesto á trasladarse á donde se le indicaba, pero que, desconfiando de la buena fé de Mário, quería una entrevista simulada, con objeto de apoderarse de Sila para tenerlo como en rehenes y garantía de que Roma cumpliría el tratado que se pactase. Estuvo con esto Boco muy perplejo entre cojer á Sila, segun deseaba Yugurta, ó entregar éste al Romano; y decidiéndose por lo último se concertó con Sila y tendió el lazo á su pariente Númida, que viniendo en toda confianza creyendo aceptada su proposicion, cayó en una emboscada dispuesta y quedó encadenado en poder de sus terribles enemigos, que lo enviaron inmediatamente á Mário.

La paz se firmó desde luego con Boco, quedando enriquezido de la parte de la Numidia de los masesilianos, á la par que aumentado el territorio de la provincia romana; pues el resto de los grandes estados que fueron de

Masinisa, se dividieron en dos trozos, el más oriental para dicha provincia romana, cuya capital era Útica, y el otro para Gauda, que por sus servicios y amistad con Mário quedó de rey, teniendo por corte á Cirta.

Conducido Yugurta á Roma sirvió de principal ornamento de triunfo al Cónsul vencedor y murió á los pocos dias sujeto al más bárbaro é ignominioso trato; unos dicen que perdida la razon lo estrangularon, y otros que fué precipitado de la roca tarpeya: ¡indigna conducta, por muchas que hubieren sido sus maldades, pues en él solo debian ver entonces un gran enemigo vencido!!

Así concluyó esta famosa guerra á los 12 años de empezadas las hostilidades de Yugurta contra Hiempsal, y cerca de 6 de combatir con los romanos (104 antes de J. C.): guerra interesante bajo muchos conceptos, *clásica*, podemos decir, pues ofrece el cuadro más completo y característico de la especialidad de las campañas de Africa, y que nos ha sido trasmitido por el *clásico* libro de Cayo Salustio Crispo.

COMENTARIO CRÍTICO.

La variedad de operaciones verificadas en esta larga guerra, encuentros, sorpresas, marchas, sitios y batallas; la índole particular de los númidas, getulos y mauritanos revelada en su conducta política y en su manera de pelear, con el contraste que ofrecen las cualidades morales y militares de los jefes romanos, se prestan á consideraciones de estudio y de aprovechamiento, por poco que se fije la atencion en la interesante historia de Salustio.

Acabamos de decir, y repetimos, que sobre lo clásico de su libro, literariamente mirado, reúne la circunstancia de describir una guerra clásica, la más clásica de la anti-

güedad en el especial carácter de todas las africanas; pues lo mismo en las pequeñas que en las mayores operaciones muestra buenos ejemplos y pone en alto relieve la trascendencia de esa parte tan difícil é indispensable llamada *política de la guerra*; demostrando igualmente hasta dónde pueden influir en los sucesos las prendas morales de los caudillos.

Cuando los generales y primeros jefes romanos fueron prevaricadores, sus tropas se hicieron indisciplinadas y cobardes, y supo el astuto enemigo entretenerlas, batirlas y burlarse de la República. Designado el prudente y hábil Metelo para el mando, pronto cambió todo de aspecto; y lo mismo en su tiempo que en el de Mário que le sustituyó, si no siempre felices los incidentes, mantúvose sí el prestigio romano por la disciplina, la instrucción, la constancia y el valor de los soldados, venciendo en los trances más dificultosos é importantes, hasta lograr con la captura de Yugurta consolidar la paz en Africa. Verdad es que no todos los manejos políticos que emplearon, ni algunas de sus medidas de guerra, pueden aplaudirse á los cónsules; puesto que la falácia para con los contrarios, el extrago ó desolacion en los campos, las ciudades y habitantes inofensivos, no están hoy admitidos como expedientes de buena ley en el derecho de la guerra, ni aun en concepto de represalias; y mucho ménos podrá presentarse cual loable ejemplo la manera con que fué capturado Yugurta, ni el indigno trato que luego le dieron en Roma; porque alguna diferencia ha de haber entre los pueblos bárbaros y los civilizados, entre los caudillos de hordas semi-salvages y los generales que manden ejércitos regulares de las naciones cultas. Eso no obstante, al juzgar los acontecimientos de lejanas épocas se hace precisa la abstracción de las ideas actuales, de los principios admitidos y de los adelantos modernos, poniéndonos en las condiciones mismas del tiempo; de otro modo nos po-

dría llevar la crítica á condenar las formaciones y movimientos de los griegos y romanos, guiados por el criterio de la táctica presente fundada en el alcance y efectos de las armas de fuego.

Conocidas en Roma las dificultades inherentes á la guerra de Africa y las condiciones militares de Yugurta dilató el Senado cuanto pudo el declararse en su contra, á pesar de que sobrados motivos le dió; pero la política influyó bastante tambien para dejarle obrar al principio, y no ménos las artificiosas intrigas del Númera utilizando á fuerza de oro la venalidad de personajes importantes.

El primer ejército que llevó Calpurnio, calculado de 40.000 hombres, es un dato que prueba la inteligencia y prevision de los romanos por el convencimiento de que no era fácil la empresa atendidas las circunstancias del país y las fuerzas de que disponia el temible enemigo. Y conviene además de eso notar lo acertado de su composicion, que se cree consistia en 20.000 infantes y 600 ginetes legionarios romanos; otros 1.200 ginetes italianos; y sobre 18.000 auxiliares, tanto europeos como africanos, contándose entre los primeros muchos liguros y habitantes de tierras montañosas, hombres robustos, ágiles y ligeros, así como honderos baleáricos; y entre los segundos crecido número de númeras de á pié y de á caballo, enganchados en el propio territorio ó procedentes de los partidarios de Aderbal y de Hiempsal. Uniéndose á esto el grande acopio de subsistencias y los recursos de la misma provincia romana que iba á servir de base de operaciones, se vé que nada omitió el gobierno de la República para asegurar el éxito, ó al ménos para no temer desastres por la habilidad de Yugurta y el superior ejército que contaba, numéricamente considerado. Pero, segun hemos referido, todo se frustró por la torpeza y la avaricia de los primeros generales Calpurnio, Albino y Aulo, que unas veces negligentes, otras engañados y otras seducidos, dieron